

Indefinible aspiración

Giuseppe Ungaretti

Traducción: Margara Russotto

No sé si la poesía puede definirse. Creo y profeso que es indefinible y que se manifiesta en el momento de expresarnos, cuando las cosas que nos son más queridas, que más nos agitaron y atormentaron nuestros pensamientos, que más profundamente pertenecen a la razón misma de nuestra vida, se nos muestran en su verdad más humana, aunque en una vibración que casi parece sobrepasar la fuerza del hombre y que no puede ser jamás conquistada de la tradición ni del estudio, aun cuando esté destinada a alimentarse sustancialmente tanto de una como de otra. La poesía es por lo tanto una dádiva, tal como se le considera comúnmente; o mejor aún: es el fruto de un momento de gracia, al cual no le ha sido ajeno, sobre todo en las lenguas de antiguas culturas, un paciente y desesperado apremio.

Esto me lleva a considerar también que los modos de la poesía son infinitos, tantos como poetas hubo en el pasado y habrá en el futuro. Y son innumerables aun cuando el discurso se limite a considerar toda poesía, oral o escrita, como una señal transmitida para permanecer; o bien: debería afirmarse que toda persona tiene sus momentos de efusión poética.

He aquí ya tres puntos establecidos: que la poesía es de todos; que brota de una experiencia profundamente personal y que, por lo tanto, en su expresión, debe llevar el signo inconfundible de la individualidad que la expresa, teniendo al mismo tiempo esos caracteres de anonimidad, corales, según los cuales será poesía y no será ajena a ningún ser humano.

Estos eran los aspectos que se me presentaban en la búsqueda de un propósito muy claro, incluso desde el inicio de mi trabajo. En esos años se venía gestando, históricamente, un periodo de extravío, y no quiero decir con esto que el actual lo sea menos; sin embargo, en principio, es posible que hoy, en Europa, se sepa mejor

en qué momento se halla la poesía y cuáles pueden ser sus objetivos. En ese entonces, los jóvenes creían que después de Foscolo, Leopardi y Manzoni, ya no habría poetas entre nosotros; pensaban que se había quebrado una tradición; que los poetas que llegarían después nada tenían que ver, salvo con palabras altaneras, con nuestra civilización. Eran injustos, exagerábamos; pero es ley de la naturaleza el que los hijos se afirmen rebelándose contra los padres. En cualquier caso, el decadentismo nos repugnaba hasta las raíces de nuestro ser; esa escuela cuyos maestros y ridículos epígonos se consideraban los últimos sobrevivientes de una sociedad —y de una vida— por exaltar con actitudes neronianas. Seamos claros: era natural que en ese entonces los jóvenes sintieran la necesidad de revisar el discurso desde el comienzo, y de querer retomarlo todo. En cierta manera, los futuristas habrían podido acertar si no hubieran puesto el acento en los medios proporcionados al hombre por el progreso científico, y no en la conciencia del hombre que habría de dominar moralmente esos medios. Se equivocaban sobre todo porque se habían apropiado de las más absurdas ilusiones que provenían del Decadentismo, creyendo que de la guerra y la destrucción pudiese emanar alguna fuerza y alguna dignidad. De esta manera, creyeron que también la lengua habría de ser destruida con el fin de devolverle cierta actividad y cierta gloria.

Sin presumir demasiado de la importancia de mis primeros intentos ni subestimar a mis coetáneos Futuristas, Crepusculares o *Vocianos* junto a los cuales di mis primeros pasos, no creo que se pueda refutar lo que la misma crítica ha reconocido. Es decir, me pareció claro que la palabra debía ser la llamada a nacer a partir de una tensión expresiva que la colmara con la plenitud de su significado. La palabra que fuese arrollada por pomposas vacuidades de una ola oratoria, o que se galanteara en embelesos decorativos y estetizantes, o que fuese mayormente presa de bocetos pintorescos o de melancolías sensuales o de metas no puramente subjetivas o universales, me parecía que erraba su objetivo poético.

Fue durante la guerra: y era la única enseñanza válida y humana que ella pudiera proporcionar; una enseñanza que generalmente era contraria a la que se esperaba y esperaban utopistas de todo género; pero fue durante la guerra, en la vida mezclada con

su enorme sufrimiento; fue ese primitivismo: sentimiento inmediato y sin velos; miedo de la naturaleza y cordialidad instintiva hacia la naturaleza; espontáneo e inquieto ensimismamiento en la esencia cósmica de las cosas; fue lo que hizo de cada soldado luchando frente a la ceguera de las cosas, al caos y a la muerte, un ser que en un instante se remitía a los orígenes, impelido a levantarse nuevamente en la soledad y en la fragilidad del destino humano; fue lo que del pequeño soldado hacía un desencajado, que sentía por sus semejantes un desconcierto y una angustia desmedidas y una solidaridad fraterna; fue pues ese estado de no aceptación de la guerra en la guerra, ese estado de extrema pasión, lo que precisó en mi ánimo la bondad de esa misión ya intuida, en el caso de que alguna misión me hubiese sido encomendada y fuera necesario cumplir en nuestras letras.

Si la palabra se hizo desnuda, si se paralizaba a cada cadencia del ritmo, a cada latido del corazón, si se aislaba de momento a momento en su verdad, era porque en primer lugar el hombre se sentía hombre, religiosamente hombre, y religiosa le parecía la revolución que necesariamente debía iniciarse a partir de las palabras, en esas circunstancias históricas. Después de todo, las condiciones de nuestra poesía y la de otros países, en ese entonces, no reclamaban otra reforma sino esa fundamental.

En los años siguientes a la otra guerra surgió una extraña teoría ampliamente acreditada: la apartaron los escritores, mis amigos, que pertenecían a la revista "La Ronda". Para ellos lo verdadero se hallaba muerto y enterrado, y la poesía moderna no podía encontrar su forma sino en una prosa rica. Me quedé solo, casi durante dos lustros, demostrando polémicamente y con las pruebas de mi trabajo que el canto, todavía y para siempre, tenía exigencias métricas mucho más rigurosas. Fueron mis preocupaciones de entonces las que, a partir de la búsqueda de una perfecta coincidencia entre la tensión rítmica del vocablo y su calidad expresiva —mi principal tormento durante la producción de *La alegría*— me llevaron hasta búsquedas más complejas de unidad verbal. Reconquistada la función del ritmo, pensé que también el verso podría reconquistar la suya, tal como había sido marcado en el oído italiano por la naturaleza fónica de nuestras palabras y por la tradición sintáctica y armónica que a través de los siglos de experiencia incomparable fue transmitida a las formas. Estaba tan

estropeado nuestro oído que fue un trabajo difícilísimo y obstinado. Pero debo aclarar que yo no procedía desde el exterior; se trataba más bien de encaminarlas para que tomaran naturalmente esos desarrollos del movimiento rítmico capaz de unir las métricamente de manera armoniosa, o sea: de manera tal que su sentido adquiriese, en lo posible, potencia emotiva y realce de exactitud expresiva. La métrica tampoco es un asunto académico, sino que está ligada a la vida de las palabras, y ya conocemos la profunda reforma que experimentó desde Dante hasta Petrarca, es decir en el lapso de pocos años. Y sabemos más: sabemos que a Leopardi, a partir de la Canción Petrarquista, se le presentó el problema de tener que destruir totalmente su modelo si quería alcanzar una elocuencia —tal como la alcanzó en *La retama*— que fuese la inspirada por su singularísimo genio.

En la poesía, la métrica es un asunto de función considerable; sin embargo, siempre será un hecho —tal como cualquier otro que se refiera al discurso humano— que tendrá un valor subordinado. Lo verdaderamente capital en el discurso humano son las cosas que uno tiene que afirmar, para edificación de todos, para conocerse a sí mismo. Si en ese entonces tuve que meditar sobre la memoria, no fue tanto porque me encaminé hacia ella aspirando a la obtención de progresos técnicos, sino debido al impulso ocasionado por la plenitud de significados que la misma memoria tenía como tarea darle a la palabra; infundiéndole peso, extendiendo o haciendo más profundas sus perspectivas. Una palabra de vida secular, que en tanta historia refleja muchas cosas distintas, que nos pone nuevamente a dialogar con seres cuya presencia carnal sobre la tierra ha desaparecido, aunque no la de su espíritu puesto que su voz todavía opera en nosotros. Una palabra que pueda hacernos experimentar —para nuestro dolor o nuestro consuelo— en su viva historia, la milenaria vicisitud del laborioso y dramático pueblo al cual pertenecemos; una palabra tal que, si había podido atraer con tanta verdad y belleza de efectos a un Leopardi, todavía podía sugerirle a un poeta de hoy el mejor camino de enriquecimiento, incluso moral, y de expansiones líricas. Fue así como pensé que mi poesía debía compenetrarse de memoria cada vez más casi asumiéndola como tema sustancial. La misma antinomia del individuo frente a la sociedad moderna, la misma posición del hombre ante la presencia de Dios, la

misma humanidad del hombre, de un ser en su naturaleza y en su voluntad tan grande como frágil, la misma causalidad y la misma finalidad que desde el principio de la consumación de los siglos unen al hombre en la misma tragedia innumerablemente repetida de nacimientos y muertes, de inquietudes y odio y amor: todo se condensaba en mi meditación sobre la memoria. Incluso los paisajes se animaban a la luz del recuerdo. El mismo presentimiento de catástrofe que me embargaba al meditar sobre la crisis política y social de este tiempo y sobre la irremediable locura de los hombres, mi propio debate para salir de la incertidumbre frente a la idea de lo sobrenatural, mi propio pasaje de un error a una ilusión antes de entrever la verdad suprema que todo lo atestigua, todo ello representaba para mí ímpetu y sufrimiento, a partir de la facultad de recordación que tiene el hombre y según la cual el hombre es hombre.

Sin embargo, si la memoria no contuviera en sí una antítesis que la mueve y la vuelve, a pesar de todo, cordial y amable, se convertiría en desesperación; llevaría al suicidio y no a la poesía. Y cuando la memoria conduce a la poesía, es porque ella lleva al hombre y a la palabra hacia ese acto deseoso de renovación del universo, para el cual la humanidad hace su largo viaje de expiación sobre la tierra. La extrema aspiración de la poesía es la de cumplir el milagro, en palabras, de un mundo resucitado en su pureza originaria y esplendoroso de felicidad. Algunas veces las palabras alcanzan, en las horas más elevadas de los grandes poetas, esa belleza perfecta en que consistía la idea divina del hombre y del mundo en el acto de amor que les dio vida.

